aquellos campos de batalla. Y así seguimos vivaqueando en aquel remanso de paz, hasta que un día se dió orden de tomar todo el Batallón y el Comandante nos dirigió la palabra:

—Muchachos: Tengo órdenes de acometer una arriesgada empresa en la que el peligro está en un porcentaje muy elevado. Se trata de la construcción de un puente provisional sobre el rio x, por el cual deben pasar nuestras fuerzas avanzadas. Estas llegarán dentro de cuatro días, aproximadamente. Dicha obra deberá estar enclavada en un paraje fuertemente batido por la artillería enemiga y por consiguiente es grande el riesgo, por lo que se me ha ordenado escoja personal que se preste voluntariamente para ello. No vey ahora a deciros que los que quieran ir den un paso al frente ni que levanten la mano derecha. Os concedo diez minutos de tiempo. Pensad que no os lo concedo yo, sino la Patria. Luego veré los que se hayan decidido.

No he de ocultaros que serán muchos los que no vuelvan. ¡Rompan filas!

Pasó el tiempo concedido y se presentaron los voluntarios. Debo confesar que yo no era de estos a pesar de ser bastante número. No me presté voluntario a lo que sabía era una muerte cierta, pero algo se volvió contra mí avergonzándome y recriminándome mi pasividad: mi amigo, el compañero de milicia, con el cual había pasado todas las vicisitudes del servicio militar, en fin, mi hermano en filas, era uno de los primeros que se ofrecieron.

Me extrañó, de momento, que no me hubiese consultado su decisión, o al menos participármela, pero pronto adiviné la causa de ello. Conociéndonos como nos conociamos, debió dar como cosa hecha mi presentación. Cuando ahora pienso en ello lo considero como una verdadera traición a nuestra amistad. Esto me hizo pensar mucho y ante el temor de verme con él, sin ninguna excusa de peso para disfrazar y así disculpar mi huidiza decisión, opté por evitar su presencia.

Los preparativos de la marcha se aceleraban y no tardaron en estar todos dispuestos. Se efectuaría aquella misma noche. Ochenta y cuatro en total fueron los voluntarios. Mi intención era volar junto a mi amigo y decirle adiós, pero una fuerza irresistible me impedía hacerlo: algo así como vergüenza y temor de ver el mudo reproche de sus ojos de valiente.

Se dió la orden y comenzó el desfile hacia los camiones. El compacto grupo de los ochenta y cuatro pasaba marcialmente por entre los barracones del campamento.

Haciendo un supremo esfuerzo me encaminé hacia donde los soldados marchaban y le vi. Se dió cuenta de mi presencia y riendo me saludó con la mano. Y luego desapareció entre las hileras de hombres que continuaban marchando.

¡Ya se había ido! Por la noche un compañero me entregó una carta. —De Antonio—me dijo.

Rasgué el sobre y leí:

«Amigo Pedro: Me marcho voluntariamente con el Comandante y quiero pedirte un favor. Si acaso no volviese de esta acción, entrega esta medalla que incluyo a mi madre Creo que lo harás. Perdona que este encargo te lo escriba, pero el caso es que no te he visto personalmente. Tu amigo hasta la muerte.—Antonio».

En el sobre venía en efecto una medalla de plata con el Sagrado Corazón en el anverso y la Virgen de Montserrat al otro lado.

«Tu amigo hasta la muerte». ¿Qué significaba aquella frase? ¿Acaso mi amigo tenía la convicción de caer? No podría creerlo. Y si así fuera, ¿cómo se presentó voluntario sabiendo la suerte que le esperaba? Si fuese cierto le admiraba. Al ir a la muerte iba riendo y cantando.

Mil veces me formulé esta pregunta y otras tantas quedó en mi imaginación sin respuesta aparente. La contestación era muda, invisible, algo indefinido que no logré descifrar...

Pasaron dos días y el recuerdo de los que se fueron se atenuó en nuestros corazones, aunque sin olvidarlos. Yo casi me felicitaba de no haber marchado y si no hubiese sido por el pesar de la ausencia de mi mejor amigo, mi estado de ánimo podría haberse comparado al que experimentaba tres días atrás. Completamente ajeno a los acontecimientos que acababan de suceder. Hasta entonces habia yo obedecido a mis superiores. ¿No cumplía con mi deber? Estaba dispuesto a salir para el frente tan pronto me lo ordenasen, pero no a ofrecerme voluntariamente al peligro.

El tiempo siguió transcurriendo tan plácidamente como antes y por la tarde del tercer día, después de la marcha de los voluntarios, tuvimos comunicación radiofónica con ellos. Informaban que los trabajos del puente habían comenzado y que no había novedad en el personal. El enemigo, al parecer, ignoraba nuestras maniobras. A partir de entonces, la radio, nos ponía en contacto continuamente, hasta que la fatal noticia llegó: treinta muertos y casi otros tantos heridos. La artillería y aviación habían bombardeado la Sección. No citaron nombres, ya que lo primordial era terminar el puente, pues el grueso de nuestras fuerzas pronto llegaría y no debía retrasarse su avance.

Inmediatamente se dió orden de partir el resto del Batallón.

Por la tarde salimos hacia el frente. No dejaba yo de pensar en lo sucedido. ¿Estaría herido mi amigo? ¡O acaso era uno de los muertos!

Nuestra columna de camiones avanzaba ligera por las carreteras sinuosas y polvorientas de aquel sector. Si algo había pasado a Antonio suya era la culpa. No me cabía otra definición.

Ya estábamos llegando. Hacía rato que los estallidos de los obuses turbaban el silencio de la campiña. Unos cuantos centenares de metros más y al fin llegamos. Aquello era un verdadero infierno. Los cañones parecía que vomitaban su mortífera carga a raudales.

Inmediatamente fueron reanudados los trabajos del puente, en la medida de lo posible. Había que resguardarse de los disparos artilleros. Todo el día siguió el trabajo, amainando un poco el fuego enemigo; el puente prosperaba. Trabajábamos con tesón, mudos, sombríos.. Llegó la noche y con ella se redobló la lluvia de obuses. No obstante seguimos trabajando. Las bajas, sin embargo eran ahora escasas. Vivíamos con la vida pendiente de un hilo a cada instante.

Hacia las tres de la madrugada nos atacó la aviación; sólo entonces se suspendieron los trabajos para echarse en el suelo bien agazapados. A pocos pasos de nosotros los sanitarios seguían su humanitaria labor de recoger las víctimas del ataque del día anterior...

La obscuridad, así absoluta, era truncada bruscamente por los fogonazos de las explosiones. Las bombas caían sin cesar. En una ocasión fuí lanzado tres metros a un lado. El artefacto había estallado a pocos pasos de mi... De repente recordé haber oido decir que un proyectil nunca da en el sitio donde otro ha estallado; a la luz de una explosión vi un embudo y de un salto me metí en él.

El bombardeo continuaba, de tal forma, que empezaba a dudar de la seguridad que poco antes me ofreciera el conocido dicho popular.